

Last & Lost

Jordi Bernadó



Lac Télé, Republic of Congo (CON 1.1)cc

En los diálogos de Platón, el ojo humano se convierte en un espejo. La única imagen verdadera —certera, eterna— de nosotros mismos aparece alojada

en la pupila ajena. Es solo al mirarnos en los ojos de otro que nos vemos tal y como somos. Así habla Sócrates, según relata Platón en *El primer Alcibíades*. Y va más allá: pregunta si acaso «no sucede lo mismo con el alma», que para verse a sí misma debe buscar su reflejo en otra alma.

El artista Jordi Bernadó viaja en busca de imágenes, pero también de espejismos. La exposición *Last and Lost* habla de belleza y de verdad, de incertidumbre y ausencia, de esperanza y pérdida, y de la importancia de mirarnos en el rostro de lo desconocido. El artista propone una reflexión poética, alejada de la obviedad y del alarmismo, sobre la crisis climática y sobre los retos ecológicos y filosóficos del presente, sobre un mundo que desaparece —el nuestro— y sobre todo lo que todavía puede salvarse. Las obras expuestas forman el primer capítulo de un proyecto más amplio, todavía en curso, donde también tienen cabida cuestiones en torno a la democracia, la tecnología y los vínculos globales.

Bernadó encuentra un primer reflejo —o pupila— en la superficie del lago más remoto del planeta. Lac Télé, en República del Congo, es un gigantesco espejo de aguas negras, escondido en la profundidad de la selva, al margen de la expansión humana. En el corazón de la alteridad, el artista halla un destello de reconocimiento. Destello que le sirve de brújula, alumbramiento fugaz, y le lleva a otro escenario: el invierno profundo de Suecia, en busca de Old Tjikko, el árbol más viejo del mundo y uno de los organismos vivos más antiguos. Bajo la superficie terrestre, desafiando las apariencias de su tronco escuálido, se expande un lecho de raíces con más de 9565 años de vida. El legado de una memoria invisible que Bernadó rastrea en nuevas direcciones.



Old Tjikko, Mörkret, Sweden (S 6.2)cc

Las esculturas de Richard Serra *East-West/West-East*, erigidas en el desierto de Doha, Qatar, marcan, se cree, la altura a la que llegó en algún momento el

nivel del mar. Lo último que queda de esa agua perdida es la huella de un artista. En el lago seco de Racetrack Playa, California, ocurre algo parecido: marcas, señales —tal vez mensajes— aparecen misteriosamente en el paisaje. Surcos fantasmales en la tierra escamada, cuya autoría es, sin embargo, desconocida.

La explicación más probable para estas «piedras deslizantes» es una extraña combinación de agua, hielo y viento en perfecto equilibrio. Pero, al fin, prevalece una certeza, un principio elemental que atraviesa todos los seres y todas las cosas: nada de lo que parece quieto lo está realmente.



East-West/West-East, Qatar Desert (QAT 8.2)



Racetrack Playa, Death Valley, US (US478.1)

Al otro lado del mundo, en el desierto de Danakil, Etiopía —considerado el lugar más caluroso del planeta—, las gramáticas geológicas se vuelven más explícitas: la tierra se resquebraja, se parte en dos ahí donde se abre una grieta en la corteza terrestre, supurando azufre, sal y temperaturas extremas.

Los paisajes desolados de Zone Rouge, en Francia, son otro lugar inhabitable al que llega Bernadó, buscando una efigie de la extinción y de la aniquilación humana: campos de batalla de la Primera Guerra Mundial sembrados de granadas y municiones sin explotar, pueblos arrasados, altos niveles de contaminación por el vertido de químicos de guerra, campos envenenados, mutaciones animales y una destrucción total que convierte el bosque en un espectro triste. La entrada al perímetro está prohibida y buena parte de la zona se considera irrecuperable. Entre las ramas de los árboles, el aire viciado susurra lamentos: «aquí la vida ya no es posible».

Continuidad y extinción se conjugan en todo organismo vivo. Great Barrier Reef, en Australia, es una acumulación milenaria de esqueletos de colonias de corales. Con más de 400 tipos de coral distintos, la «gran barrera de coral» tiene un valor fundamental para la conservación del ecosistema. Por desgracia, el equilibrio entre la vida y la muerte —esqueletos y nuevos brotes— se ve alterado por la contaminación y la mala calidad del agua. Alrededor del 67% de los corales de las zonas más



Danakil, Ethiopia (ET 5.3)

afectadas ya están muertos y la degradación de los que quedan con vida es cada vez mayor. La agonía del arrecife contrasta con su aparente esplendor. Brilla todavía, tal vez con luz residual. Como un espejismo o como una imagen del pasado: recuerdo de lo que fue y ya no será.

La memoria es caprichosa, sin embargo, y de un recuerdo siempre salta a otro. La cadena de evocaciones puede volverse tan peregrina como un conjuro. Es decir: pensamiento mágico, ahí donde la realidad se vuelve estéril. El espíritu fúnebre de algunos de estos lugares encuentra su opuesto —reflejo distorsionado, retrato quimérico— en Great Blue Hole, Belice, un sumidero de 125 metros de profundidad ubicado en el Mar Caribe, rodeado de atolones de coral y repleto de cuevas y laberintos. Este «gran agujero azul» fue una vez tierra firme, pero quedó sumergido por el deshielo de las glaciaciones. Un abismo marino que es el testimonio de otra vida, de otro mundo, conservado bajo un aura de esperanza. Tal vez, la de saber que el mundo es una sucesión de supervivencias, que todo paisaje pasa por infinitas mutaciones, que seguirá habiendo belleza mientras queden testigos.



Zone Rouge, Verdun, France (FR 361.1)

Cada imagen muestra una realidad que lucha por resistir, o que celebra su pervivencia. No son homenajes contemplativos de una pérdida ante la que nos debemos rendir, tampoco visiones

complacientes de los logros ya realizados. Son, más bien, ultimátums. El artista es testigo de un estado ambiguo entre la presencia y la ausencia. En algunos casos, señala el vacío que vendrá y da forma a un recuerdo futuro: así veremos estos seres, paisajes, formas de vida cuando ya no existan. En otros, muestra una apertura a la acción y la esperanza. Con una mirada crítica, irónica y evocadora, hace hincapié en la voluntad humana.



Barrier Reef, Australia (AUS 1.1)cc

Last and Lost apela al deseo de reconocernos en la alteridad, de alimentar la vida y preservar la belleza. Como ocurre con el juego de espejos que se libra entre dos pupilas enfrentadas, el Otro es un reflejo del Yo, y viceversa. Siempre hay un rastro de alteridad en lo propio, y mucho más de nosotros en aquello que creemos no ser. Las fotografías de Bernadó nos asoman a lo desconocido, nos instan a cuestionar nuestras acciones y a vincularnos con el mundo que nos rodea. A tomar las heridas ajenas como propias. Vivimos en un presente necesitado de vínculos, de acciones compartidas en defensa del mundo que habitamos. Este es el sentido de la obra: convertirse en un espejo propio y ajeno, un relato del presente, una ventana al futuro.

Amanda Mauri



Blue Hole, Belize (BEL 1.2)c